

Capítulo 2

Relatos La Guajira*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663.02>

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Escuela de Armas Combinadas del Ejército

Resumen: El presente capítulo condensa las historias de vida de cinco soldados (regulares y profesionales) del Ejército Nacional, las cuales develan o se aproximan a la materialización y configuración de sus subjetividades, objetivo esencial en la investigación *“Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo”* y como resultado del trabajo de campo realizado durante julio de 2022 en La Guajira. La investigación tuvo un enfoque cualitativo, en la cual se aplicaron diversos instrumentos de recolección de datos, como la observación participante, la entrevista semiestructurada, los métodos biográficos y las historias de vida, cuyos resultados permitieron identificar, además de otros elementos, la identidad indígena, la cultura ancestral, las raíces guajiras y la pertenencia y experiencia con el territorio, toda vez que en la actualidad pertenecen a batallones de esta zona del país. Los relatos que a continuación se presentan dan cuenta de las configuraciones subjetivas de los soldados y de la posibilidad de existir y evocarse desde la narración y las construcciones del yo.

Palabras clave: La Guajira; relato; subjetividad; indígenas; wayúu; soldados.

* Capítulo de libro resultado del proyecto de investigación *“Análisis de la subjetividad del soldado regular y profesional del Ejército Nacional de Colombia a través de las narrativas y construcciones del yo”* del Grupo de Investigación para la Capacitación Militar (GICAM) de la Escuela de Armas Combinadas del Ejército – ESACE, registrado con el código COL0160714. Los puntos de vista y los resultados de este capítulo pertenecen a los autores y no necesariamente reflejan los de las instituciones participantes.

Wendy Vanessa Méndez Velásquez

Periodista, Fundación Universidad Panamericana, Colombia. Licenciada en Humanidades y Lengua Castellana, Pontificia Universidad Javeriana, Colombia. Magíster en Escritura Creativa, Instituto Caro y Cuervo, Colombia. Investigadora y docente, Escuela de Armas Combinadas del Ejército y Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD). Experiencia en investigación narrativa y en proyectos de escritura comunitaria.

<https://orcid.org/0000-0002-1365-7373> - Contacto: wendy.mendez@cedoc.edu.co

Citación APA: : Méndez Velásquez, W. V. (2024). Relatos La Guajira. *Relatos y pixeles. Memorias de soldados detrás del uniforme*. (pp. 37-64). Sello Editorial ESDEG.
<https://doi.org/10.25062/9786287602663.02>

RELATOS Y PÍXELES:

MEMORIAS DE SOLDADOS DETRÁS DEL UNIFORME

ISBN impreso: 978-628-7602-65-6

ISBN digital: 978-628-7602-66-3

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602663>

Colección Derechos Humanos y DICA

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2024



Fidelio, el pollo patrullero¹

Era 5 de julio, día de mi cumpleaños número 30. El abastecimiento estaba retardado y eran pocas las opciones de menú que nos acompañaban por esos días. La mañana estaba soleada y, aislado, cerca de las montañas, sentía la brisa rozando mi cara. Y con su paso, llegaban a mi memoria aquellas añoranzas pasadas con las que los mortales nos mantenemos vivos en un presente incierto.

— ¡Feliz cumpleaños, lancita!

Sentí el abrazo sudoroso de Martínez, un compañero del pelotón que iniciaba la fila de felicitaciones por mi cumpleaños. El menú gastronómico de la celebración estaba protagonizado por tres plátanos cocidos y una salchicha. La ilusión de quedar lleno se me agotaba con cada bocado; parecía que los plátanos y la salchicha se desvanecían como lo hace el tiempo: te hace pensar que está allí, tangible, latente y dispuesto; pero luego se aísla completamente de ese instante inmediato, para empezar a ocupar espacio en la memoria. Un cumpleaños que jamás olvidaré. El abastecimiento llegaría 3 días después: un 8 de julio.

Estábamos con la Brigada Móvil N.º 8², en el departamento del Tolima. Esa noche, en pleno desplazamiento, encontramos un pollo blanquecino y de pequeño tamaño que yacía perdido entre los matorrales. Sus plumas suaves, sus patas delgadas y su estado de indefensión lograron hacer que Edilberto Perilla, soldado que pertenecía a la sección de 14 hombres de la que yo hacía parte, lo levantara, lo

¹ El presente relato corresponde a Ángel Alirio Méndez Vega, quien nació en Chaparral, Tolima, el 5 de julio de 1988. Tiene 34 años y ha dedicado sus últimos 14 a servir al Ejército Nacional de Colombia como soldado profesional. Sus motivaciones principales para hacer parte de la Fuerza fueron encontrar mejores oportunidades para su futuro, lograr el bienestar y la estabilidad y alcanzar las metas que se ha trazado durante su vida. Lo más importante para él son su hijo, Ángel David Jiménez, y su familia. Sus sueños más grandes son pensionarse, lograr una estabilidad y que su hijo sea un gran profesional.

² Esta brigada, junto con la N.º 20, desarrolla operaciones en el sur del departamento de Tolima, y hasta el norte del de Cauca.

acariciara y lo cargara hasta llegar al punto al que nos dirigíamos para instalarnos y preparar por fin la comida.

— ¡Ya le tengo nombre al pollo! —mencionó Perilla.

— Déjese de cuentos, marica. Usted sabe que, tarde o temprano, el pollo pasará a ser parte del menú. Todos aquí sabemos que nos lo vamos a comer —respondió Bonilla.

— Se llama Fidelio, el pollo Fidelio.

Desde entonces, el nuevo compañero no se apartaba de nuestro lado. Lo alimentábamos con bocados de las comidas del día y lo veíamos gordo y rozagante. Crecía cada vez más bonito.

Alguna tarde nos preparábamos para movernos hacia otro punto del área. Alistábamos el equipo bajo el caluroso sol de la tarde y nos repartíamos alimentos no perecederos y artículos para cocinar, que, con mucha táctica, acomodábamos en la maleta, además del uniforme, las cosas de aseo y las raciones de campaña.

Entre la bulla y las conversaciones, Rincón se pidió empacar el aceite; Bonilla, unos paquetes de arroz; Rodríguez, la olla más grande, y así sucesivamente, hasta que todo quedó acomodado y distribuido en el equipo de todos. Mientras tanto, algunos llamaban a despedirse de sus hijas, otros llamaban a sus novias, apartados en un rincón para que no los escucháramos, y otros, a lo más sagrado, a la bendición de todos los días y el lugar seguro: la mamá. No quise llamar a nadie; no tengo a mis padres con vida para llamarlos y prometerles un encuentro cercano y a salvo.

Fidelio nos miraba y daba diminutos pasos alrededor de las maletas. Su pico se abría y cerraba, y pipiaba para llamar nuestra atención.

— ¡Yo cargo al pollo! —dijo Perilla, el mismo que le puso el nombre y lo encontró asustado entre arbustos infinitos.

Como pudimos, entre todos improvisamos un cargador para Fidelio, con bolsas plásticas. Con cuidado, sacamos su cabeza, y luego, sus patas. Emprendimos el viaje, y por el camino le hablábamos y estábamos pendientes de que no se lastimara. Desde entonces, acordamos turnarnos para cargarlo en cada desplazamiento durante el tiempo en el área, compromiso que se cumplió al pie de la letra.

Fidelio se hizo parte del pelotón; patrullaba, comía y dormía con nosotros. Era nuestra mascota, un integrante de la familia. Le hablábamos y con él se abría un espacio de paz al que acudíamos en días tristes, días difíciles o aquellos en los que queríamos dejarlo todo y salir huyendo.

Llevo 14 años como soldado profesional, y nunca había tenido una mascota. Con Fidelio nos sentíamos acompañados en las noches solitarias en las que solo

se escuchaban las luciérnagas o los saltamontes. El pollo Fidelio era símbolo de ternura y amor. Cuando me tocaba el turno de cargarlo me sentía responsable de su cuidado y de que llegara bien. Un instinto de protección que emanaba en tiempos de guerra. Caminamos por largas horas y los árboles eran testigos del cansancio que nos visitaba.

Yo fui criado en el campo; de niño era muy feliz, porque no tenía miedo. Con mis hermanos, Leonardo y John, íbamos de pesca y nos gustaba montar en bicicleta trocha adentro y sentir el aire fresco. También he podido apreciar la naturaleza cuando he estado en otras regiones, como, por ejemplo, en el páramo, en el 2012; me pareció un paisaje hermoso por los frailejones, las lagunas, a pesar de todo el frío que hacía, porque uno casi ni se baña del frío que hace, pero me sentí renovado al estar allá; recuerdo también que fui víctima de la picadura de un alacrán, se me durmió toda la mano derecha, pero, por fortuna, no tuve fiebre ni nada grave.

Yo soy consciente de que muchas veces a la naturaleza no la cuidamos ni le damos el valor que tiene; nos acostumbramos al aire, a los árboles, a los animales, al agua, pero se nos olvida lo sagrada que es. Fidelio representaba una de esas creaturas que deseábamos cuidar y apreciar.

Pero como no todas las historias tienen un final feliz, supe, algunos días después de salir de permiso, que, de nuevo, el abastecimiento se estaba retardando más de lo esperado. Mis compañeros tuvieron, entonces, que darle de baja al pollo Fidelio, para preparar un succulento sancocho, al que se devoraron sin remedio. Recuerdo que me sentí triste, porque le había cogido cariño; Fidelio se convertía en otra de esas ausencias a las que me tenía que acostumbrar, una muerte a destiempo que agradecí no presenciar. Seguramente, Fidelio, en agradecimiento por lo que hicimos por él, sació el hambre que todos tenían, esa que conocemos los que estamos lejos de casa en medio de la nada, y que no se puede expresar con palabras, porque se combina con la del alma. O tal vez es lo que quiero pensar para no volver a echar de menos al pollo Fidelio, que nos dio tantos días de felicidad.

El barbero Rosado³

— ¡Cuidado con las culebras! No se pongan a molestarlas ni a torearlas.

— No les tiren piedras. Si las ven, déjenlas que pasen, y luego pasan ustedes. Las culebras no los van a atacar si no las molestan, pero si las molestan y se ponen a torearlas, ellas se defenderán.

Llegaban a mi mente estas palabras que decían mis abuelos cuando era niño, mientras veía una culebra ancha y gruesa que se camuflaba entre el verde claro de las hojas y el castaño de la maleza. Estaba con mis compañeros patrullando vía adentro de San Pedro, por Barrancas, en La Guajira. Habíamos caminado toda la noche y estaba a punto de amanecer. Sentí miedo, fijé mi mirada y les dije:

— ¡Veo en ese palo como la forma de una culebra!

La imagen era confusa, porque la boca dora⁴ se estaba mimetizando con la naturaleza, así como nosotros cuando estamos patrullando y, para pasar desapercibidos, nos vestimos como ella: a veces, con marrón; a veces, con negro, y a veces, con verde.

— ¡Ay, marica, una culebrota! —dije.

Para mi sorpresa, el único asustado era yo, porque mis otros compañeros, guardando una leve distancia, sacaron el celular y comenzaron a tomarse fotos en un ángulo que la incluía a ella. Algunos hacían gestos; otros miraban a la culebra con expresión ruda, queriendo parecer valientes, y otros sonreían mientras la señalaban. No me tomé foto; no quise congelar ese momento, ni tener la forma de volver a pasar en mi mente por la sensación de temor que me invadía. Llegó el teniente Puerto y nos dio la orden de salir de allí y no buscar males innecesarios.

Crecí correteando chivos o, como decimos nosotros, pastoreándolos. Me levantaba a las cinco de la mañana a corretear a las cabras y a ordeñarlas para hacer café con mis hermanos y mi mamá, Luz Epinayú. Pertenezco a la comunidad indígena wayúu, del resguardo Cai Semapa.

³ Francisco Rosado Nació en Fonseca el 15 de mayo de 1989 y tiene 33 años. Es soldado profesional del Ejército Nacional de Colombia, además de ser el barbero del Batallón Buena Vista Guajira, grupo Rondón. Su sueño es salir pensionado, dedicarse a su familia y tener su propia barbería, en la que ofrezca distintos estilos, cortes y peluqueados. Le gusta el vallenato de Nelson Velásquez, al que llama “música llorona”, y sonríe todo el tiempo.

⁴ Según los labriegos de la zona, esta serpiente alberga una importante cantidad de veneno tóxico que puede ocasionar la muerte.

Desde peladito me enseñaron la cortesía y esas cosas importantes que deben existir para las buenas relaciones y la buena comunicación:

— Francisco, cuando usted llegue a alguna parte tiene que decir: “Buenos días”, “Buenas tardes”. Hay que saludar a la gente y darle la mano. Uno siempre a donde llega saluda y se despide.

Eso me decían los abuelos mientras pelaban yuca, tejían o nos sentaban a todos en círculo para contarnos historias de nuestros ancestros. La palabra, como el hilo de las mochilas, formaba sentidos y significados de colores. A mis doce hermanos y a mí nos gustaba escuchar cada una de las experiencias que poco a poco se iban convirtiendo en imágenes en nuestra memoria, algunas más lúcidas que otras, pero, en todo caso, imágenes bellas que nos daban sentido, aunque nosotros no fuésemos los protagonistas.

Cuando salíamos hacia el monte nos daban la rula —así le llamamos al machete—, nos advertían que era para abrirnos camino en medio de la maleza, pero no para cortar las plantas o el cardón⁵, tan sagrado para nosotros, porque es una planta cuyo fruto, rojo y jugoso, es la iguaraya, que se da en medio del desierto.

Con mis hermanos íbamos al arroyo a bañarnos, y visitábamos el pozo que los abuelos decían que era sagrado, porque todos en la comunidad cogíamos agua de allí para cocinar y beber. Llenábamos canecas y las amarrábamos al burro hasta la ranchería.

De niño pensaba que la vida era eso: jugar a la yuca, al escondido, al agarrado y a no dejar derramar el agua de las canecas, llevarla a salvo y cocinar con ella. Hasta ese momento, las ambiciones de nosotros en la comunidad se limitaban a ir a la escuela y crecer rápido, para conseguir un trabajo que permitiera ayudar a la familia. Pero cuando veíamos “Hombres de honor”⁶ y llegaban los militares al resguardo, portar el uniforme se convertía en la máxima aspiración de nosotros. Quizá, para algunos adolescentes de otras partes pueden ser anhelos triviales, faltos de sensatez, prematuros y hasta equivocados —inclusive, para nuestros propios padres, dentro de la comunidad—, pero para nosotros, que hemos nacido y crecido en el resguardo desconociendo gran parte de la vida que hay afuera de nuestras rancherías, lo diferente y la oportunidad para avanzar, no pasar necesidades y mejorar

⁵ Especie de planta endémica de Venezuela, México y Colombia. Alcanza alturas de 6 a 9 metros, y algunos compositores colombianos de La Guajira, como Leandro Díaz, escribieron canciones, a propósito de su fuerza y resistencia a temperaturas muy altas: <https://www.youtube.com/watch?v=IUNUrcmq4K4>

⁶ Serie colombiana creada en 1995 por Caracol Televisión y el Ejército Nacional de Colombia, y que buscaba rendir homenaje a las historias que les ocurrían a los miembros de la Fuerza.

la calidad de vida es prestar el servicio militar. Además, yo solo logré llegar a quinto de primaria.

Ser niños significaba no tener que pensar en futuros holgados ni rimbombantes, pues no se puede anhelar lo que no se conoce, ni extrañar lo que no se ha tenido. Pero al crecer y empezar a tener conciencia de la familia, del futuro y de las oportunidades que uno quiere elegir para su vida, salir a probar suerte a otros horizontes se convierte en el ideal de vida que se quiere alcanzar.

No significa que las enseñanzas de mis abuelos y mis padres no han sido importantes, porque me han permitido llegar con satisfacción, disciplina y constancia a este punto de mi vida: 33 años, soldado profesional, esposo, hijo, padre de 3 hijas y barbero. Lo que creo es que es necesario tomar decisiones y, a veces, salir de la cobertura de la casa y de la comunidad para tener nuevas oportunidades.

Caían poco a poco, hasta invadir con espesura el piso. Cada corte y sonido de la tijera deshilaba y desprendía cabellos negros y lizos que bajaban por el cuello, los hombros, las manos y los pies, como hebras incontables, prolongación de la piel, que iban dialogando con la brisa y la arena que llegaban a mi ranchería.

Pelos viejos, jóvenes y pelos que nunca quisieron crecer. Pelos estancados o enquistados. Pelos negros, cafés, canosos y reseco. Pelos sudorosos y olorosos. Pelos brillantes, en movimiento, como cascadas azabaches. Yo los veía por todas partes cuando pasaba la tijera haciendo cortes en distintas direcciones y motilando a mis primos, hermanos, vecinos y a los pelados de mi ranchería. No sabía lo que hacía al principio, debo admitirlo, pero sentía que motilar era una de las cosas que quería aprender, perfeccionar y hacer por el resto de mi vida.

El pelo —ausente en algunos, y abundante y hermoso, en otros— puede ser un símbolo de fortaleza; a veces, de sabiduría, y otras veces, de resistencia. Los guerreros, por ejemplo, tuvieron siempre el pelo largo, así como los griegos. El cabello se adapta, es flexible, está en movimiento, no permanece del mismo largor mucho tiempo, y a veces luce como caminito de lirios que crecen, infinito, incluso, después de morir. En el Ejército, motilarse es parte de la presentación personal y el código de respeto y porte militar. Y cuando nos convertimos en soldados, nos motilamos porque nos adherimos a la vida militar. Es un antes y un después.

Aprendí poco a poco este arte y, con el tiempo, logré cortes aceptables, sin altibajos ni líneas torcidas. Aprendí que es un oficio que requiere paciencia y transitar

caminos, los mismos que practicaba durante horas y días en las cabezas de mis amigos, hermanos y primos, hasta alcanzar la perfección.

Cuando me convertí en soldado profesional, hace 10 años, llevé mi arte conmigo; no lo desligué de mí, sino que lo convertí en una extensión de lo que soy. Empecé a motilar a mis compañeros; primero pasaba la tijera y luego perfeccionaba las líneas con la cuchilla.

Algún día, en el batallón, mi sargento Briña, que andaba casi siempre con nosotros, llegó al comedor en donde estábamos y, sosteniendo en su mano la máquina de peluquear, preguntó:

—¿Quién de ustedes sabe motilar?

—Mi sargento, para solicitarle. Yo nunca he motilado con máquina, yo sé hacerlo, pero con tijera y cuchilla. Si usted quiere, lo puedo peluquear.

— Chino, si usted ya motila con tijera y cuchilla, seguro lo podrá hacer con la máquina; todo es cuestión de práctica —replicó mi sargento, mientras me la entregaba en las manos.

Fui practicando con todos mis compañeros y con los soldados regulares hasta perfeccionarme y cogerle el tiro. Estaba en plena pasión, y nunca me negué a motilar al que me lo pidiera, no me daba pereza: todo lo contrario, lo hacía con entusiasmo una y otra vez; parecía como si hubiera encontrado mi lugar en el mundo. Me convertí en soldado profesional y en el barbero del Batallón de Buena Vista, en La Guajira.

Motilar significa también escuchar. Mientras voy peluqueando, los soldados me hablan y me cuentan cosas; los cuadros, o militares de mando, me preguntan si estoy amañado, si extraño a mi familia, y me cuentan de sus tristezas y ausencias. No siempre hablan, pero la mayoría de las veces lo hacen, como si al quitar el peso de sus cabezas se aliviara también el de sus almas. Los pelos que van cayendo simulan un ritual catártico del que hago parte.

Otras veces, los soldados me piden que les enseñe a decir groserías en mi lengua, en *wayuunaiki*, o me piden consejos sobre cómo conquistar en guajiro:

—Rosado, ¿cómo se dice “marica” en su lengua?

—Rosado, ¿cómo hago si me gusta una muchacha que habla guajiro para decirle que está muy bonita, que estoy enamorado de ella?

Yo les ponía ejemplos y ellos iban anotando o grabando lo que les iba diciendo, pero con los días, cuando se volvían a motilar, después de que habían ido a preguntarles lo mismo a varios compañeros soldados que también hablan en *wayuunaiki*, me decían:

—Rosado, él me dijo que le dijera esto y lo otro, y esa muchacha se me puso brava.

—¡Noooo, marical!, ¿quién dijo? ¿Por qué le dijiste eso a ella? ¡Eso es una grosería!

Mis otros compañeros les hacían la maldad, y entonces no podían conquistar a las muchachas. Volvían a mí para que les tradujera, les enseñara y les diera consejos. Hasta hoy, esto sigue pasando mientras los motilo.

Tengo tres hijas: Deimis, Deillis Lucía y Deiris María, y les estoy enseñando algunas palabras en wayuunaiki. Mi señora les puso los nombres en homenaje a su primo, Deiver Saavedra, a quien mató la guerrilla cuando se fue a prestar servicio. La menor es la que más retiene las palabras y toma en serio este saber. También tengo el propósito de recordar el tejido que aprendí de niño en mi comunidad. Ya le dije a mi mamá que me ayudara a repasar para enseñarles a mis hijas, porque eso se lo van a pedir en el colegio y deben tener bases, hacer mochilas y chinchorros.

Ahora pienso y recuerdo que mis padres y hermanos nunca quisieron que yo me viniera para el Ejército; mi señora, tampoco, porque a sus tíos y a varios padres de otros wayúu de la comunidad les dieron la noticia de que a sus hijos los habían matado en El Catatumbo. Todos estaban prestando servicio. Pensaban que me pasaría lo mismo y que la historia se iba a repetir conmigo. Mi suegra fue la que me prestó el dinero para sacarme los exámenes y poder ingresar al Ejército, ya no como soldado regular, sino como soldado profesional. Mi señora, a pesar de su temor, siempre me ha apoyado, y ahorita, después de diez años en los que no me ha pasado nada, se sienten orgullosos de mí. También he podido ayudar a mi madre y a mi familia.

Todavía les tengo miedo a las serpientes, y si las llevo a ver, sigo aplicando lo que me enseñaron mis abuelos. A pesar de que llevo 10 años como soldado profesional, sigo extrañando a mi mamá, a mis hijas, a mi señora y a la ranchería; uno siempre tendrá añoranzas y recuerdos que traen nostalgia, pero me siento también satisfecho del camino que he recorrido hasta aquí. Cada vez que salgo de permiso y voy a la ranchería, los pelados me dicen que quieren prestar el servicio y seguir mis pasos. Ellos sienten curiosidad de saber cómo es, cómo vive uno en el batallón, qué cosas aprende, y yo les digo que lo más importante es tomar la decisión voluntariamente y estar seguros de que eso es lo que quieren, porque tampoco es un proceso fácil; la adaptación cuesta, pero después a uno le empieza a gustar, uno se acostumbra a todo.

Salir del resguardo es también tener otra mentalidad, otra visión de las cosas, inclusive, pues al hablar tanto en español es extraño hablar en wayuunaiki, porque uno lo va dejando de utilizar, o por lo menos ya no lo usa, con la misma frecuencia. Pero yo creo que, aunque nosotros, los wayúu, prestemos el servicio militar, debemos conservar las enseñanzas y la sabiduría, el legado de la comunidad.

Yo quiero pensionarme y poner una barbería, dedicarme el resto de mi vida a este oficio. Quiero enseñarles a mis hijas lo que sé, tanto de mis costumbres y la herencia de mis abuelos y mis padres de la cultura wayúu, como del oficio de peluquear. Por ejemplo, yo mismo me motilo, yo mismo quito el peso de mi cabeza, limpio lo que sobra y trazo líneas derechitas, así como la vida, que le va enseñando a uno cada día y uno se va perfeccionando con la experiencia y las vivencias. Cuando me veo al espejo, me gusta el resultado.

Me quiero dedicar a esto porque me gusta más motilar que disparar.

Corazón de acero⁷

Las botas brillantes, el pixelado del uniforme, el fusil negro e imponente y el binomio entre la vida y la muerte por defender una causa me invadían de profunda emoción cada vez que veía llegar a los militares a la vereda Santa Bárbara, en la que nací, en Popayán, Cauca.

“¡Cuando sea grande quiero ser soldado!” —me repetía una y otra vez—. En mi familia, muchos tíos y primos han sido militares. Esta profesión se volvió una herencia familiar; algunos ya son pensionados, otros todavía están activos, y yo en ese tiempo, siendo niño, albergaba el sueño latente de vestir el uniforme. Tenía 5 años, y en ese tiempo asesinaron a mi papá, Juan Carlos Ledezma.

Él era un tipo problemático y estaba metido en cosas de la calle y el mundo del hampa. Lo que más recuerdo de él —y que creo que le heredé— es su pasión por las motos y por la velocidad. En mí siempre deambula ese recuerdo, porque mi papá me montaba en la parte de adelante de la moto y me llevaba para todo lado. Me sentía seguro con él, aunque fuéramos a mucha velocidad.

Días antes de su muerte, mi papá me compró una muda de ropa para mi cumpleaños, que es el 9 de diciembre. Yo me la quería estrenar, aunque todavía no llegara el día, pero mi mamá siempre era insistente:

— Andrés, esa ropa no se la va a colocar todavía, porque es para su cumpleaños. ¡No le repito!

— Mamá, yo me la quiero estrenar, déjeme, que, igual, en mi cumpleaños me la vuelvo a poner.

— ¡Ya le dije que no! Tema cerrado.

Quién diría que la pinta no sería para mi cumpleaños, sino para la muerte de mi papá. La última ropa que me compró fue para su propio entierro, el 9 de diciembre de 2001.

Dos días antes, el 7 de diciembre, la música estallaba los vidrios de la casa del vecino: “Otro año ya se ha ido, cuántas cosas han pasado, algo hemos aprendido y algo hemos olvidado, pero dentro aquí en mi alma, nada, nada ha cambiado”, en la voz de los Bukis⁸. Nos alistábamos para empezar a prender faroles y Chispitas Mariposa⁹.

⁷ Marco Andrés Ledezma Sánchez. Nació el 9 de diciembre de 1996, en Popayán, Cauca. Tiene 26 años, y los últimos 5 ha servido en el Ejército Nacional como soldado profesional. Su mayor sueño es comprarle una casa a su mamá y ser una inspiración para su hijo, Samuel Alejandro Ledezma.

⁸ Los Bukis son una banda mexicana de música grupera, fundada por Marco Antonio Solís, en 1975.

⁹ Similar al incienso, es una vara delgada que al contacto con el fuego produce destellos de luz y bengala. Las Chispitas Mariposa se les daban generalmente a los niños, por considerarlas menos peligrosas que la pólvora; sobre todo, en épocas decembrinas y de festejos populares.

Cuenta la tradición que el Día de Velitas es la conmemoración del instante en el que el arcángel Gabriel anunció a María que era la elegida para llevar en su vientre al Salvador del mundo. A tres cuadras de la casa se escucharon tres balazos y, enseguida, un silencio incómodo que lo cubrió todo: era papá tendido en el suelo, botando sangre y dando sus últimos suspiros. La conmemoración de un nacimiento que se convertía en el final de una vida. Mi mamá y mis tías me cuentan que justo esa mañana él estaba contento, porque era la última vuelta que iba a hacer, lejos de pensar que la muerte se sentaría a su lado y lo llevaría de la mano tras el estallido. Desde entonces, cada año de vida para mí es uno de muerto para él.

En el 2015 me fui a prestar servicio militar. Recuerdo que me llevaron engañado, porque yo iba como soldado bachiller y me metieron como soldado regular. Me tocó en el Putumayo, que en quechua significa: “vasija de agua frutal”, pero, paradójicamente, es una de las zonas más calientes del país, a la que le temíamos en ese entonces con todas nuestras fuerzas. Y aunque fue difícil, la experiencia que viví me hizo convencerme de querer seguir como soldado profesional.

Por esos días en el monte, recordaba lo que pensaba de niño: ¿Cómo será dormir en una hamaca? ¿Qué se sentirá al llegar a una parte oscura y no poder hacer ruido? ¿Cómo será disparar y sentir esa zozobra? Y ya con el pixelado puesto y las botas bien amarradas, sabía que mi sueño se estaba empezando a cumplir.

Me empecé a adaptar, aprendí lo que se puede o no hacer en el área y, una vez se culminó el tiempo de servicio, debía tomar la decisión de seguir o regresar a casa. El impulso fue pensar en ofrecerle un futuro y una estabilidad a mi hijo y que algún día se sintiera orgulloso de mí. Entonces, me quedé.

Recuerdo que en el 2017 patrullábamos en Urabá, en el bajo Cauca, y por condiciones climáticas y de seguridad no nos había llegado el abastecimiento. Estábamos monte adentro y no teníamos ni una libra de arroz. Era el día de mi cumpleaños, y el comandante, el sargento viceprimero Mina, en medio de las nostalgias y tristezas que llegan cuando uno está en el monte y no tiene a la familia, ni a los amigos ni a sus hijos, dijo:

— Bueno, hoy está de cumpleaños Ledezma, y no podemos pasar en blanco. Tranquilo, chino: hoy le vamos a hacer su comidita, hoy no vamos a aullar.

No olvido que ese día llegó con dos gallinas, un paquete de pasta y dos Maggis¹⁰. Lo vertimos todo en una olla y quedó un caldito que nos quitó el hambre y disimuló la tristeza. Nos reunimos, como siempre, todos a comer, y me cantaron

¹⁰ El caldo Maggi es un caldo deshidratado en forma de cubo que se usa en la cocina popular como una alternativa para agregar sabor a las comidas.

el cumpleaños. Ese día fue reconfortante para mí, porque cuando no hay comida uno se siente triste y deprimido, porque es la moral del soldado¹¹. Nunca olvidaré a mi sargento viceprimero Mina.

Nuestro día a día en el área es estar siempre con la naturaleza. Nosotros habitamos con ella, nos ocultamos en ella. En áreas hostiles —como, por ejemplo, El Catatumbo—, la rutina es a partir de las 18 horas: se monta un dispositivo y todos estamos activos prestando seguridad en el perímetro 360, hasta las 20 horas. Luego, todo mundo pasa a descansar y quedan los centinelas; ya muere la noche hasta las cuatro de la mañana, que empieza nuestra jornada con otro dispositivo de seguridad. Esto solo en áreas hostiles en donde el enemigo es inminente: entonces se presta seguridad hasta las seis de la mañana.

El rancharo, o el que esté ese día de turno, hace el chocolate, las arepitas, alista el queso y todos desayunamos. Es bonito sentir la brisa fresca, el canto de los pájaros y ser testigos día a día del amanecer que Dios nos regala. A eso de las diez de la mañana, seis soldados, con el comandante, hacen registro perimétrico de la zona para el control territorial y del área. Al medio día, almorzamos, descansamos un rato, y en la tarde ya uno se prepara: alistamos el equipo y emprendemos camino. Ahí es donde verdaderamente uno se gana la platica.

Es en la oscuridad de la noche, en donde empieza a tomar vida el corazón de acero del soldado, surge el espíritu del combatiente: uno superior, que silencia el miedo, la angustia, la tristeza, la incertidumbre. Uno aprende a dar pasos confiado en que se está cumpliendo la labor encomendada y que, pase lo que pase, uno está preparado; o eso es lo que se piensa para no desfallecer.

Las caminadas son bravas. Recuerdo que en una ocasión decidimos movernos en el día, porque teníamos que atravesar el río Cauca. Entonces arrancamos a las cuatro de la mañana y nos dieron las diez, once, doce del día, sin probar bocado, solamente caminando. Yo me empecé a quedar de últimas, iba cansado y sufría de calambres. Me quedé atrás y veía que los demás iban coronando el cerro. Me senté, respiré, pensé: "Dios mío, ¿será que este trabajo sí es para mí? ¿Será que soy capaz de sacar esto adelante?". Pero entonces saqué fuerzas, no me podía quedar ahí y, con mucho ardor en los pies y en la espalda y con la garganta seca, coroné el cerro.

Este trabajo es de muchos altibajos, no solo por el esfuerzo físico y mental que demanda, sino por la resiliencia que uno, de soldado, debe tener. Por ese mismo

¹¹ Son las ganas, actitud y disposición para realizar o cumplir una orden; si la moral falla, la orden no se cumple de la mejor manera.

tiempo, estuvimos por grupos erradicando cultivos de coca, y funcionaba así: dos pelotones salíamos al hueco, a erradicar y arrancar la mata de raíz, y los demás prestaban seguridad en las partes altas.

Caminábamos siempre alerta, pero nos gustaba de vez en cuando conversar, para no sentir el miedo ante lo inesperado. Nos detuvimos por un instante; pasaron el perro detector de explosivos, pero, como sabemos, los caninos no siempre son cien por ciento seguros. Avanzamos y comenzamos con nuestro trabajo. López, Jeisson López, de 19 años —a quien le decíamos ‘Gato’ porque tenía unos ojos bacanos—, arrancó una mata con la fuerza que demanda un tallo leñoso de raíz profunda. Hubo una explosión y átomos volando en dirección contraria al viento. El impacto se le llevó los dos pies, íntegros. Nos acercamos y, para que López no viera nada, cogimos hojas para cubrir la parte inferior de su cuerpo. Las hojas abrazaban su dolor.

— Ledezma, quiero verme, ¡Yo quiero verme las piernas!

— Tranquilo, ‘Gatico’, vos estás bien, todo está bien.

— ¡No, no estoy bien! Por favor, quiero verme los pies, déjenme verme.

El enfermero de combate lo canalizó, le prestó los primeros auxilios y, mientras tanto, nosotros pedíamos apoyo helicoportado para evacuarlo. ‘El Gato’, con sus manos, agarraba la tierra una y otra vez; sus ojos claros se empezaban a apagar, su angustia se combinaba con las cenizas de las hojas que morían con los segundos, incluso hasta perderse en ellas. Hay territorios que dan miedo, hay espacios en los que te sientes a salvo, pero otros a los que nunca quisieras llegar, aunque estés cansado y quieras dormir.

La naturaleza es la primera víctima del conflicto armado de nuestro país. A pesar de que en la Constitución Política se diga que se debe cuidar y proteger, es la que más ha sufrido las consecuencias de una guerra infinita. Nosotros hemos sido testigos de esto, y cuando vemos a compañeros heridos en combate o cuando tenemos miedo, somos uno con ella: con la Madre Tierra. Ella siente nuestro miedo, nuestros susurros, nuestras lágrimas, ella siente con nosotros la destrucción y lo inesperado en medio de un silencio que parece apacible y tranquilo, pero que en realidad nos devora por dentro.

En ese momento ella sentía la desesperanza de ‘El Gato’, y yo pensaba en mi hijo y en que, al igual que al lancita, eso me podía pasar y, si moría, se iba a repetir mi historia. Miré hacia arriba. Los árboles sin hojas, sus tallos desnudos y heridos se debilitaban con la brisa. Las lágrimas de ‘El Gato’ mojaban la tierra seca y espesa.

Después de esa vivencia yo me soñaba todos los días con eso. Me levantaba asustado y tuve que pedirle a Dios que me diera tranquilidad para superar ese suceso. Otras veces, me iba a las partes altas, para pensar y sentir la brisa y esa conexión con la naturaleza. Entendí que ella se regenera, se repone, tiene corazón fuerte, tan fuerte como el acero. La energía que nos da la madre naturaleza nos ayuda a nosotros, los soldados, a reponernos, a seguir adelante. Otras veces, y si las condiciones lo permitían, recuerdo que siempre mantenía mi anzuelo y cuando llegábamos a un río buscaba lombrices y pescaba para completar el almuerzo. Pero, generalmente, en áreas hostiles esto no lo podemos hacer.

A la naturaleza se le debe analizar, contemplar y saber leer. Nosotros, por ejemplo, nos movemos de noche y aprendemos a caminar a oscuras y sin hacer ruido. La naturaleza le ayuda a uno a desarrollar esa pericia para saber cómo andar, por dónde, cómo pisar; uno va al tanteo. Cuando las personas caminan de noche, a oscuras, con las manos van marcando el camino para no chocar, pero nosotros llevamos en nuestras manos el fusil y nos debemos mantener alertas; entonces el tanteo lo hacemos con los pies, para que cada paso que se dé sea firme. Por eso hay que amarrar bien las botas y caminar de lado, para no caer.

Nosotros también tenemos en la gorra, en la parte de atrás, unos cuadrados que alumbran, se llaman “ojos de gato” y sirven para que, cuando se camina en la oscuridad, se vea la cabeza del compañero que va enfrente; se debe estar concentrado y no pensar en otras cosas.

A veces hay pelados que se lastiman porque prestaron servicio en batallón, pero nunca salieron a patrullar. Entonces, uno, que ha vivido la experiencia desde el servicio, ya está más preparado y les va dando los *tips* del combate: 1) la disciplina es lo primordial; 2) se debe hablar susurrando, nunca gritar; 3) hay que atesar bien las botas; 4) no dejar basura a donde se llegue, porque eso lo delata a uno con el enemigo, y 5) siempre mantenerse alerta.

Nosotros tenemos corazón de acero, porque dejamos nuestras comodidades por brindarles seguridad a las demás personas; nos olvidamos de cumpleaños, del Día de la Madre, del Día del Padre, una Navidad, un feliz año. Nosotros nos negamos a todos esos privilegios para que el pueblo colombiano esté bien. No es lo mismo dormir en una habitación, con aire acondicionado, que dormir en una hamaca con zancudos. No es lo mismo llamar a la mamá y decirle: “Feliz año, mamá, Dios me la bendiga”, a darle un abrazo y despedir el año juntos. A veces, la realidad pesa más que el equipaje que cargamos a cuestas.

No es fácil tampoco perder la juventud, porque uno entrega su fortaleza y mejores años a este trabajo. Sin embargo, todo sacrificio tiene su recompensa, y

hay que sembrar ahora, de joven, para recoger todo ese esfuerzo siendo viejo. Así como la naturaleza, que es fuerte y se reconforta, y algunas veces, con el paso del tiempo, se hace más poderosa, nosotros aprendemos de ella y la imitamos.

Tiempo después, volví a hablar con Ospina, uno de mis compañeros, con el que patrullé en el bajo Cauca, cuando 'El Gato' quedó sin sus piernas. Él estaba de regreso por esa área y, entre emocionado y nostálgico por lo que sus ojos estaban viendo, me hizo videollamada:

— Marica, ¿te acordás del lugar donde le explotó una mina al 'Gato'? —me dijo.

— Sí, yo me acuerdo, ¿por qué?

Él, solamente con la cámara del celular, enfocó en primer plano al arbolito que creció justo en el lugar en el que le explotó la mina al parcero. La naturaleza lo compensó, hicieron un trueque. Él perdió sus piernas, pero allí nació un árbol: ¡floreció la vida!

Aguilar, el soldado wayúu: de la ranchería al servicio militar¹²

Mis padres son Pilar Arpushana y Carlos Aguilar. Somos ocho hijos y soy el penúltimo. Mamá se ha dedicado a la elaboración de artesanías representativas de mi comunidad wayuu¹³, como la mochila y el chinchorro, y mi papá fue quien me enseñó a cazar y a hacer todas las labores de la tierra.

Para mí, prestar el servicio militar ha sido la oportunidad de cumplir mis sueños, mejorar mi calidad de vida y ayudar a mi comunidad, dado que son muchas las necesidades que tenemos. Yo lo decidí voluntariamente.

Cuando me enlisté, mi mamá tenía mucho miedo y no quería que yo me fuera para el Ejército, porque tuvimos una mala experiencia: mi hermano, Andrés Aguilar Arpushana, murió prestando servicio en 2010 o 2011, más o menos. A nosotros nos dijeron que él se había disparado, que estaba limpiando el arma y se le soltó un tiro, pero en realidad no supimos nunca bien qué fue lo que pasó. Él tenía 18 años, y yo tenía en ese entonces 8. Cuando nos lo entregaron para el funeral, su rostro, hueco y deforme, dejaba ver el recorrido de la bala desde la quijada hasta la cabeza.

A pesar de esa situación tan difícil que mi familia y yo vivimos, siempre estuve decidido a irme de mi comunidad y pertenecer a la institución. No puedo negar que ha sido más difícil de lo que imaginé, pero los retos me han enseñado a ser fuerte y a perseverar.

Nosotros, en la comunidad, al estar acostumbrados a la escasez de comida, de agua, de servicios y de asistencia en salud, no percibimos muchas oportunidades, y entonces entrar al Ejército es acceder a comida, agua y servicios médicos. Son motivaciones que me animan a permanecer aquí, y que valoramos.

Por otro lado, extraño mucho a mi familia, porque nosotros, los soldados, estamos de lleno en el batallón o en el área y tenemos permiso cada cinco meses; la ausencia de la familia es una tristeza que ronda constantemente y que no se quita con nada. Yo he aprendido a tener nuevas amistades, porque paso todo el día con mis compañeros y ellos se han convertido en otra familia. Algunos, por ejemplo,

¹² Carlos Andrés Aguilar Arpushana. Nació el 11 de diciembre del 2000, en Riohacha. Perteneció a la comunidad indígena wayúu, pueblo que habita la península de la Guajira, en la zona nororiental de Colombia, de la Ranchería La Sabana, del clan Winpiraren. Hace parte de las filas del Ejército Nacional como soldado regular, y su mayor anhelo es convertirse en abogado para ayudar a defender las causas de su comunidad.

¹³ El pueblo wayúu es conocido históricamente como 'La gente del sol, la arena y el viento'. Son grandes artesanos y comerciantes, han sido luchadores por sus derechos y durante muchos años han trabajado por defenderse contra las adversidades naturales de la región, la discriminación, el racismo, la marginación y la violencia (Mincultura, s.f.).

vienen de otras rancherías de mi comunidad y saben hablar wayuunaiki¹⁴. Esto hace que los sienta cercanos, nos une el idioma y la identidad.

Algo que me parece muy triste es que en mi comunidad no hay molino, gracias al cual se accede al agua bombeada y almacenada. Hubo un tiempo en que nos dieron un pozo, pero se dañó y desde entonces no tenemos forma de almacenarla. Lastimosamente, el Estado no nos ha garantizado este derecho, ni tampoco el acceso a la salud o a la educación.

Allá, en mi comunidad, el agua es salada, y por eso muchos niños se enferman, porque no es apta para el consumo y da diarrea y vómito. Recuerdo que cuando llovía íbamos a beber del arroyo y la almacenábamos en baldes o botellas, y otras veces llegábamos en burro a otra comunidad con molino, y ellos nos compartían de su agua.

Otro reto que tuve de niño era la ida a la escuela. Nosotros, hasta la fecha, no tenemos transporte y por esas épocas caminábamos por más de una hora para llegar a recibir clases. En temporadas de lluvia, los arroyos crecían y no los podíamos atravesar; entonces, regresábamos a casa. Todos los días nos levantábamos a las cuatro de la mañana, para salir a las cinco bañados y listos. Mis hermanos y yo algunas veces nos íbamos sin desayuno, porque no había o porque se nos hacía tarde.

Yo creo que esta experiencia me sirvió mucho para estar en el Ejército, porque cuando uno es nuevo, "los tres meses de recluta", como le llaman aquí, uno debe pasar por muchas cosas: trasnochar, madrugar y hacer mucha actividad física o voltear, como le decimos nosotros. Además, la tensión mental y psicológica que se vive mientras uno se adapta no es fácil; sobre todo, porque en mi comunidad tenemos otras formas de relacionarnos los unos a los otros y de convivir, pero yo siento que desde niño ya había aprendido a hacer muchas cosas importantes para la vida con las enseñanzas de mis padres y por las mismas necesidades de mi comunidad.

Mis papás, al ver la dificultad para llegar a la escuela, prefirieron meterme a un internado que se llama Aremasain, que queda en Maicao, La Guajira. Allá no solo aprendí a leer, sumar o restar; también vi clases de administración pública y agricultura, porque el internado tenía convenio con el Sena¹⁵.

Siempre me ha gustado estudiar y aprender; especialmente, porque pienso que a través de la educación podré ayudar a mi comunidad y saber cómo actuar o qué

¹⁴ Lengua materna del pueblo wayúu, y que cuenta con aproximadamente 400.000 hablantes. Se constituye en la lengua indígena del país con mayor número de hablantes. Para los wayúu, la palabra es la ley y el símbolo de la dignidad de los hombres de bien, del espíritu de ser wayúu (Polo, 2018, p. 57).

¹⁵ Servicio Nacional de Aprendizaje, que capacita a los colombianos de manera gratuita en programas enfocados en la actividad productiva de las empresas y las industrias.

decisiones tomar ante determinadas situaciones de la vida. Entonces, consciente de que en mi comunidad no hay hospital ni un centro de salud cerca, quise hacer un curso de socorrista. Mis padres me apoyaron, y aprendí a canalizar, a poner inyecciones y a tratar a los pacientes que requieran primeros auxilios.

Yo creo que esto es algo bueno, porque entre nosotros, los de la comunidad, nos debemos ayudar y debemos salir adelante. Este aprendizaje también lo he podido aplicar con mis compañeros en el monte.

Recuerdo que alguna vez, patrullando en La Gloria, en Riohacha, el sol era insoportable. Estábamos con una temperatura de casi 40 grados. Un compañero se desmayó, y yo tuve que ponerle suero y poner en práctica todo ese saber. Fue chévere la experiencia de poderlo ayudar y estabilizar, y entonces, desde ahí, ya sabían que en cualquier situación que se presentara yo los podía ayudar. Uno adquiere conocimiento para servir a otros.

Otro de los saberes que me ha sido muy útil, y que fue heredado por mis ancestros, es el reconocimiento de algunas plantas medicinales que ayudan al ser humano, las plantas tradicionales de mi comunidad. Por ejemplo, para un dolor de estómago uno utiliza una planta que se llama malambo¹⁶: la ralla y mezcla con agua, luego se la toma, y santo remedio. Eso sí, sabe feo, porque es amarga, pero es efectiva.

Si se trata de una conjuntivitis, o infección en los ojos, se utilizan las hojas del árbol trupillo¹⁷: se hierven en agua y con esa infusión uno se hace baños en los ojos. Con los días, la infección desaparece. Yo creo que esta sabiduría ancestral me ha servido mucho en el Ejército, porque son enseñanzas que no se olvidan y sirven para ayudar y enseñar a otros.

También aprendí a diferenciar y reconocer al cactus guajiro, el que nos da la iguaraya¹⁸, una fruta deliciosa y de mucho alimento. Mis ancestros me enseñaron a comer de este fruto y a identificar el momento adecuado para poderlo coger, porque si este no ha madurado completamente, tiene espinas y uno se puede lastimar. Esta fruta también es aplicada directamente para tratar quemaduras y heridas, y

¹⁶ El malambo puede alcanzar hasta los 15 metros de altura. Es de corteza gris, aromática y de sabor picante. Su corteza es macerada en alcohol para fricciones contra el reumatismo, así como para el tratamiento de problemas estomacales. También está indicada para la preparación de remedios contra la diabetes (Sáez, 2021).

¹⁷ El trupillo es una valiosa fuente de alimento, por ser resistente al déficit hídrico. Se encuentra, sobre todo, en zonas áridas y semiáridas de Colombia, como La Guajira. Individuos muy viejos alcanzan desde los 4 hasta los 20 metros de altura, con un diámetro de entre 60 y 80 centímetros. Son árboles fuertes y resistentes, dado que sobreviven con poca agua. Muchas comunidades indígenas utilizan su corteza como vendajes para tratar golpes en las extremidades, y las hojas, como antibacteriano (Forestal Maderero, 2021).

¹⁸ La iguaraya es de color rojo oscuro y suele ser recolectada por la comunidad wayuú. Solamente se da en el desierto (Asawaa, 2017).

en infusiones, para tratar dolores de estómago. Lo mismo cuando hay temporadas de sequía: algunos cactus son los que nos dan alimento para los animales.

Saber las propiedades de los árboles, las plantas y sus diferencias me ha servido en el Ejército cuando patrullo, cuando algún compañero se enferma o yo mismo estoy convaleciente. Todo este conocimiento lo deberíamos apropiar, porque esto nos permite comprender lo sagrada que es la Madre Tierra y la importancia de protegerla.

En mi comunidad le decimos Madre Tierra, le decimos *mma* o, también, *Maa^ka*. Nuestros mayores nos decían a mis hermanos y a mí:

— Deben cuidarla, porque es la que nos brinda el alimento, de ella son los cultivos, los frutos, los ríos y el viento.

También aprendí a cazar conejos con linterna y escopeta. Salíamos de noche, porque con el foco se encandila al conejo, y él se quedaba quieto. Al inicio, yo era el que recogía a los conejos muertos, pero luego, cuando tuve que disparar, sentí tristeza, pero la sabiduría ancestral dice que es el ciclo de la vida y que los animales hacen parte de nuestro alimento. Luego llegamos a donde mi mamá, le entregamos el conejo y ella nos lo preparó. ¡Fue una comida deliciosa!

Los perros también son importantes en la comunidad, porque nos acompañan a cazar, nos ayudan a cuidar a los demás animales, y si los enseñamos desde pequeños, nos ayudan mucho a cuidar y a vigilar a los ovejos, que son el sustento: por ejemplo, se venden si hay una necesidad económica o se preparan para los invitados en un velorio, uno por cada persona.

Así pasa con el matrimonio: preparamos ovejo para los invitados, porque es otra ocasión muy especial, *Wanülü*: dos momentos centrales de la vida de los wayúu: el matrimonio y el entierro.

La sabiduría wayúu me enseña también sobre cómo tratar a los demás, a bailar *chichamaya*¹⁹, los juegos tradicionales, a valorar a las mujeres, a hacer chinchorros, mochilas y cotizas. Mi cultura es muy valiosa y tiene una riqueza que no se puede dejar perder. Por eso, cuando termine de prestar el servicio, quiero ir a la Universidad de La Guajira a estudiar Derecho, ayudar a mi comunidad y trabajar por preservarla por muchos años más. Cuando tenga hijos, quiero que ellos aprendan todo sobre mi cultura y sobre la vida. Les contaré mis historias y también les hablaré de la importancia de los saberes ancestrales para ser buena persona y buen soldado, tener buena conducta y dejar en alto a la comunidad wayúu.

¹⁹ Expresión cultural cargada de significados simbólicos de la comunidad wayúu, que conserva y perpetúa su tradición. También es conocida como *Yonna*, y sus atributos esenciales son la búsqueda del equilibrio social, la solidaridad colectiva y la relación entre el cosmos y el ser humano (Vargas, 2017).

La profecía de las polillas²⁰

La mística y los secretos de la naturaleza pueden llegar a superar el raciocinio o las creencias que tenemos los seres humanos sobre ella. Lo que aquí les voy a contar tiene mucho de ello, de los misterios de la naturaleza que, como soldado, he podido presenciar.

En el 2018, cuando recién llegué a patrullar como soldado profesional, estábamos en Antioquia y caminamos durante 10 horas, aproximadamente, sin parar. A lo lejos, comenzamos a ver el pico de los cerros, y el comandante, señalándonos, nos dijo que allá era nuestro destino. Se nos hizo eterno el camino, porque cuanto más avanzábamos, los cerros más se alejaban de nosotros. Íbamos abastecidos para 17 días y el equipo iba muy pesado.

Recuerdo que llegamos como a las cinco de la tarde y comimos arroz con leche que preparó el ranchero. Por seguridad, no se podía cocinar nada más, porque se acercaba la noche y el fuego nos podía delatar.

Después de la formación y con el cansancio del día agitado, comenzamos a hablar sobre nuestros seres queridos en medio de la noche fría y oscura. Martínez me hablaba de su hija y su esposa, y yo le hablaba de mi mamá. Escuchamos un ruido; pensamos que quizás era un animal. Nos acercamos a revisar, pero no había nada.

— Pudo haber sido una bruja —me dijo.

— No le creo, garrita²¹; puros cuentos suyos.

— La peor es la del Puesto Bruja —mencionó.

—¿El Puesto Bruja? —respondí.

—Vea, mi lanza²², yo le voy a explicar cómo es que funciona. Algunos batallones tienen un Puesto Bruja. Se le llama así porque cuando uno está prestando guardia, alguien viene y le sopla el cuello. Si eso le llega a pasar, ya sabe que es una bruja.

—No, mi drago²³, yo no creo casi en esas cosas. Seguramente, son cuentos que le echan a uno para azararlo —le respondí, convencido de lo que estaba diciendo.

²⁰ David Stiven Landines Zúñiga. Nació en Bogotá el 12 de agosto de 1997, pero fue criado en Yopal. Tiene 26 años, y desde sus 20 hace parte de las filas del Ejército Nacional de Colombia, como soldado profesional. Antes de prestar servicio, trabajó como bodeguero en una empresa de circuito integrado de cámaras de seguridad. Sueña con ahorrar para comprarle una casa a su mamá, la persona más importante de su vida, y con viajar a muchos lugares del mundo. Quiere tener una familia.

²¹ Palabra que utilizan los militares para referirse al compañero, amigo, ese que está en las buenas y en las malas o el mejor amigo que se pueda tener. El que “no lo deja morir”.

²² Lanza o *lancita* son sinónimos de *parce*, amigo, colega, compañero.

²³ Dragoneante: soldado destacado, que obtiene un mando sobre los otros soldados de su misma o inferior antigüedad, tras un entrenamiento especial.

—Yo tuve una experiencia con una bruja —me dijo—. Se veía como una mujer hermosa, a la que conocí en una finca, pero en realidad ella era una bruja y me quiso hacer un amarre²⁴ a través de una manilla, cuando se enteró de que tenía familia. Desde ese momento, se me aparecía en sueños. Cuando era centinela sentía la presencia de alguien y no me sentía tranquilo, porque sentía que me vigilaban. Tuve que luchar contra eso, y entonces consulté a una persona que sabe mucho de eso y me dijo claramente: “Debe ponerse los calzoncillos al revés, dejar los proveedores formando una X”. También me dio un contra-amarre, y eso fue santo remedio.

Días después, tuve que prestar guardia. Cerca de la una de la mañana, miraba atento a un lado y al otro. En un abrir y cerrar de ojos, sentí que alguien me soplabá el cuello, como un sutil silbido. Me puse pálido, las manos me sudaban, voltee a mirar y no había nadie. Entonces, intenté gritar, pero las palabras no me salían, quedé paralizado, sentía en ese instante la presencia de alguien, una presencia incómoda que me invadió por completo. Yo me eché la bendición y recé; poco a poco, me empecé a sentir mejor.

Hasta entonces, pensaba que esa era la experiencia más bizarra que había vivido en el Ejército, pero estaba equivocado.

Muchas de las historias y mitos que cuentan los antepasados, o inclusive compañeros, se dan en medio de la oscuridad de la noche, con sus bosques espesos y tupidos, que dan paso a lo sobrenatural. Algunas comunidades, como los indígenas, por ejemplo, creen que la *Pacha Mama* es la madre, fuente y el origen de todo, pero también, a quien se le debe respeto y reverencia, porque tiene poderes sagrados que pueden también actuar en contra de nosotros, los mortales. Por esos días me hallaba entre lo bello y sublime de la naturaleza, pero también, entre lo misteriosa y tenebrosa que puede llegar a ser, porque lo que estaba por ocurrir, patrullando en El Catatumbo, me dejaría completamente impactado.

Hacía un sol radiante y nos encontrábamos erradicando en un costado del cerro de San Sebastián. Al otro lado, estaban los del ELN (elenos)²⁵ y los PLN (pelusos)²⁶. Por esos días era muy común que por la región se escuchara la ametralladora, el mortero o el MGL (*Multiple Grenade Launcher*)²⁷, y entonces nosotros

²⁴ “Es un encantamiento para asegurar que alguien quede enamorado y sujeto a la voluntad y arbitrio de otra persona (RAE, 2023). Cuentan las abuelas que, sobre todo en el campo, cuando las mujeres estaban desesperadas por un hombre que no quería estar con ellas, acudían a este tipo de rituales, para no perderlos. Se dice que, en la actualidad, los amarres siguen siendo trabajos que se encomiendan a brujos, hechiceros o santeros.

²⁵ Miembros del Ejército de Liberación Nacional (ELN).

²⁶ Militantes de la disidencia de la Guerrilla del Ejército Popular de Liberación (EPL).

²⁷ MGL: lanzagranadas múltiple de 40 milímetros, con tambor de seis granadas.

teníamos la necesidad de prestar seguridad las 24 horas del día. Trasnóchábamos, hacíamos PAC (Puesto Avanzado de Combate²⁸), registros y puestos de control, porque se manejaban dos entradas principales a la zona. Los carros que pasaban por allí eran requisados por nosotros, hacíamos la observación en el puesto de control y así se iban pasando las horas.

Estábamos con una compañía, el Aro Central de Seguridad Perimétrica, la Seguridad Intermedia y nosotros tres, 'El Waso', López y yo, que estábamos en la carretera. Nuestra tarea era cuidar que hacia ese lado del cerro no pasara nadie; debíamos mantener la seguridad en la zona. Nos ubicábamos relativamente cerca de la población civil. En esta zona no se ven muchas fincas, la luz es escasa y el agua solamente se consigue a través de mangueras; sin embargo, a unos pocos metros de donde estábamos había una tiendita.

Eran casi las cuatro de la tarde y el cielo comenzó a ponerse gris, un gris que se difuminaba con las nubes; oscurecía y un silencio rotundo se instaló entre nosotros. Me sentí extraño, pero no presté atención a esa sensación y busqué la manera de terminar el silencio; entonces le hablé a 'Waso' (lo llamábamos así en el área de operaciones, ya que, por seguridad, no decimos los nombres), un compañero que lleva 13 años como soldado profesional y me ha enseñado muchas cosas.

— Y entonces, 'Waso', ¿ya pudiste hablar con tu mujer?

— No, marica, no he encontrado señal. Ella ya sabe que cuando duro muchos días incomunicado es porque es una zona difícil. Apenas pueda, me toca llamarla, para que se relaje y no se azare.

— Parece, yo no he podido hablar con mi vieja tampoco. Ella también ya está mentalizada a que no se puede llamar siempre. Más bien, camine a la tiendita y compramos gaseosita —respondí.

Recuerdo que hicimos vaca entre los tres y compramos gaseosa con pan. El gris del cielo se acentuaba. Lo contemplé mientras tomaba la gaseosa y me devoraba el pan.

De repente, comenzamos a escuchar que el viento alteraba su sonido con el zumbido de alas agitadas, que velozmente se nos acercaban. Eran polillas volando hacia nosotros, incontables como los árboles y de pálido color. Se camuflaron dentro de nuestras guerreras²⁹, impacientes y aceleradas, como quizá nunca antes las había visto.

²⁸ PAC: el Puesto Avanzado de Combate está conformado por un total de 5 a 10 hombres que hacen parte del pelotón, y que van a prestar seguridad en un área específica.

²⁹ Prenda de botones pixelada que hace parte del uniforme militar

Nos quitábamos las polillas de todas partes, pero fue en vano; incluso se metieron dentro de la gaseosa. Eran casi tres veces más grandes que una mosca y salían de todas partes.

Cerca de las cuatro y veinte de la tarde, las polillas se empezaron a alejar de nosotros, poco a poco, hasta desaparecer. Solo quedaron las de la gaseosa, muertas, dentro del envase. Sentimos la brisa sin pronunciar palabra alguna; tuvimos miedo, pero no sabíamos con precisión por qué. No era por las polillas, porque, a pesar de la cantidad, no nos hicieron nada. No era por el silencio o por no llamar a la familia; parecía como si las polillas afanosamente se hubieran acercado a nosotros a advertirnos que algo iba a ocurrir.

A las cuatro y treinta todo estaba oscuro, parecían ya las seis de la tarde. A los cinco minutos, pasaron dos motocicletas con piloto y copiloto. Nos dimos cuenta de que en la parte de atrás llevaban algo tapado. No pararon; antes bien, aceleraron por el puesto de control y se acercaron hacia nosotros llevándose lo que encontrarán a su paso.

López reaccionó, botó la primera moto al piso. El piloto tuvo destreza y logró levantarla, siguieron adelante, la tropa fue a buscarlos. La otra moto, la que estaba cubierta en la parte de atrás, los intentó seguir, sin éxito; se cayeron, el piloto se paró y huyó hacia la carretera. El otro se estaba levantando del piso, y en ese momento 'Waso' le disparó antes de que él me disparara a mí, al apuntarme en la frente a menos de tres metros de distancia. Como pudo, y herido en el estómago, corrió hasta el borde de la carretera y al sentirse acorralado se lanzó, cayó a un abismo de tres metros de altura.

Pusieron la alarma, llegaron refuerzos. En ese momento, mientras algunos compañeros bajaron al abismo, otros se quedaron haciendo inspección de la moto y el cargamento que pretendían pasar: 2 ametralladoras, 4 fusiles, 20 proveedores y una maleta con plata, que venía cargando el que se lanzó al abismo, la cual botó antes de salir corriendo.

Bajé al abismo a ayudarles a mis compañeros. Aún me sentía conmocionado por lo que había pasado, porque sentí la muerte muy cerca. Entre diez le improvisamos una camilla con cabuya, pita y con las guerreras. Lo amarramos del tronco, el pecho y el estómago. Una persona herida pesa más de lo normal; entonces, debíamos hacerlo con cuidado, para no lastimarlo, y le atamos las manos, para evitar que nos hiciera daño. Lo sacamos de allí y enseguida lo revisó el enfermero de combate: le dio agua, le puso suero y le hizo curación en las heridas. Esa noche

no dormimos, subimos el cerro y entre todos nos turnábamos para cargarlo. El comandante pidió apoyo para sacarlo helicoportado.

A las doce de la noche seguíamos atentos, esperando a que llegara el helicóptero y prestamos seguridad en el perímetro. No habíamos comido nada. El soldado de inteligencia le hizo varias preguntas al herido:

—¿Quién es usted? ¿De dónde viene? ¿Quién lo envió?

Él estaba mal; intentaba pronunciar palabras, sin conseguirlo; y con mucho esfuerzo, dijo:

-Dí... ganle a mi familia que los quiero mu... cho.

El hombre, alto, delgado, de tez blanca y de 22 años aproximadamente, ya estaba agonizando y decía cosas extrañas. Suspiró por última vez y sus ojos se cerraron. Comenzó a llover muy fuerte.

Esa noche no dormimos, por temor a que llegaran más motos con elenos enferrados; temíamos que nos pasara algo. Nos seguimos moviendo hasta lo más alto del cerro, para recibir el helicóptero que en cualquier momento llegaría. Caminábamos cargando al muerto, al eleno que podía ser cualquiera de nosotros: de nuestra edad, con familia y peleando una guerra que parece no tener fin.

Los rayos le iluminaban su rostro empapado y moribundo; no dejaba de llover y yo no dejaba de pensar en la familia de él y en las razones que tuvo para militar con el ELN.

Recordé las polillas, sus alas agitadas en mi rostro, en mi ropa y en mis compañeros horas antes del acontecimiento. Parecía que la naturaleza me estaba enviando una señal desesperada; las polillas nos llevaban un mensaje, profesaban lo que estaba a punto de ocurrir. Agradecí a Dios que el de la camilla no fuera yo y que no tuvieran que darle una mala noticia a mi madre. Suspiré y pensé en lo incierta que es la vida; especialmente, en este trabajo. Me invadió una emoción en el pecho al saber que volvería a llamar a mi mamá y que nuevamente vería el amanecer.

Llegamos al punto a *hacer la H*. Le llamamos así al terreno apropiado en el que aterrizaba el helicóptero, el ave o *la papaya*, como a veces le llamamos, y entonces el humo avisa la ubicación específica.

El humo puede ser artificial, que son granadas de colores, o natural, que fue el que utilizamos ese día y se hace con hojas muy verdes, para que cuando se vayan quemando hagan suficiente humo; también, con madera, aunque fue muy difícil, porque todo estaba mojado. Entonces nos tocó tumbar un árbol y pelarlo para extraer madera seca, que es la que saca chispa y prende. Poco a poco, pusimos hojas encima, para fortalecer la llama. Minutos después el ave nos detectó, bajó

y embarcó al eleno que yacía muerto entre las hojas y nuestras guerreras. 'Waso' también se fue con ellos.

Una vez cumplimos con el deber, salimos a otro punto a buscar agua. En El Catatumbo hay minas y zonas cocaleras que requieren agua para su crecimiento. Por experiencia, sabemos que donde hay coca, hay agua. También buscamos luz, y por fin pudimos comer. Nos faltaban dos meses para salir de allá. Estaba exhausto.

Uno como soldado tiene experiencias con la naturaleza que muchas veces la gente no sabe ni se imagina. Nosotros hemos podido ver sus dos versiones: por un lado, tanta belleza, abundancia y majestuosidad en sus paisajes y creaturas; pero, por otro, lo tenebroso e inexplicable que puede moverse en medio de la oscuridad de su selva. Siempre he disfrutado los paisajes que voy conociendo en cada área, son vistas maravillosas. Uno cuando está en lo más alto ve el amanecer en primer plano. Un espectáculo en el que no hacemos fila, ni pagamos entrada.

Recuerdo que una vez la luna llena se veía muy cerquita desde donde estábamos; nos parecía que la podíamos coger y abrazar o que pudiéramos morderla. La sensación fue increíble; era una luna rojiza y brillante. La contemplé. Uno en el área, sin televisor y muchas veces sin celular, por la poca señal, tiene mucho tiempo para pensar y conectarse con lo verdaderamente importante: la vida, el aire, la energía.

También hay días difíciles; muchos quieren ser soldados, pero no todos aguantan porque es una carrera difícil, de mucho sacrificio y de arriesgar la vida, incluso por la misma naturaleza, y no necesariamente porque haya una emboscada; puede ser un río que se creció, un alambre, un hueco, un árbol que se caiga en plena tormenta. Aquí se aprende a sobrevivir. Entonces, en casos como estos, la naturaleza nos inspira temor y respeto.

Nosotros también aprendemos por dónde pasar y por dónde no, porque, si llueve mucho, las cascadas se crecen, el barro también y, en ocasiones, la selva puede ser enemiga de nosotros, pero uno se va adaptando a ella. Con la naturaleza también aprendemos, de cierta forma, a creer en eso intangible o espiritual que sucede en el área, porque son cosas que nosotros vivimos en carne propia, como lo que aquí les relato.

No supe nunca más del eleno, y aunque ya ha pasado tiempo, como una foto que se acaba de revelar, tengo latente el recuerdo de su rostro apuntándome con un arma en la frente, y también, ese mismo rostro muerto y frío horas después. Veo todavía su cuerpo agonizante y temeroso. Veo polillas impetuosas que revelan profecías.

Referencias

Asawaa. (2017). *La iguaraya fruto del cactus guajiro*. <https://asawaa.com/la-iguaraya/>

Forestal Maderero. (2021). *Desde la semilla hasta el usuario final*. <https://tinyurl.com/y2znub4a>

Mincultura. (s.f). *Wayúu, gente de arena, sol y viento. Caracterización de los pueblos indígenas de Colombia*. <https://tinyurl.com/3puu3yjm>

Polo, N. (2018). *El sistema normativo Wayúu. Módulo Intercultural*. Universidad Sergio Arboleda. <https://tinyurl.com/mrytucr8>

Vargas, K. (2017). *Yonna o "chichamaya", un baile guajiro*. El campesino.co. <https://elcampesino.co/yonna-chichamaya-baile-guajiro/>

Real Academia Española & Asociación de Academias de la Lengua Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.a ed.). Recuperado de <https://dle.rae.es> (Versión digital 23.7 actualizada en 2023).

Sáez, A. (2021, 3 de abril). *Malambo, término medio entre la hechicería y la farmacopea popular*. <http://tinyurl.com/562m39ff>